

I PREMIO LITERARIO TAURINO ***AÑO 2010***



PEÑA TAURINA "MANUEL VIDRIÉ" **DE TORRELAGUNA (MADRID)**



Edición especial de 2.000 ejemplares realizada por la Real Federación Taurina de España, con autorización de la Peña Taurina "Manuel Vidrié".

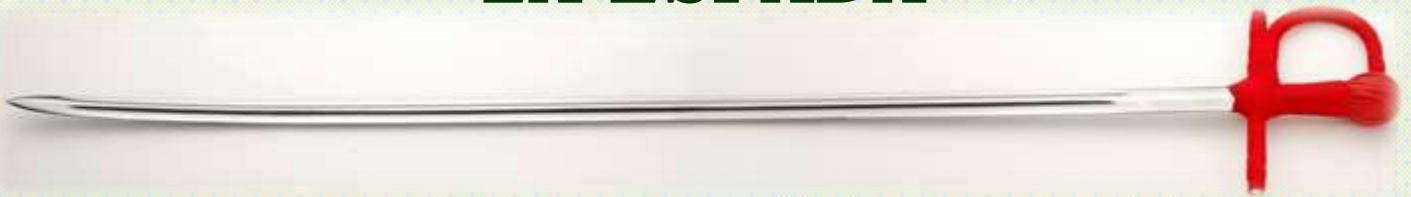


**Con la colaboración
del
Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid**

PRIMER PREMIO



LA ESPADA



AUTOR: D. MARIANO MORO MORO



¿Qué va a ser Manolo?

-(¿Qué va a ser? Lo de siempre ¿qué sino va a ser?)

Vaso de café con leche y medio terrón de azúcar, el otro medio se perderá en el bolsillo de la chaqueta o del gabán.

Por más que lo reenvuelve con cuidado siempre lo encuentra desgranado por el bolsillo, reducido más allá de su mitad, por lo que cuando echa mano de él para llevárselo a la boca, en su paseo de vuelta a la panadería o en los recados que antes hacía su chaval, se lo tiene que pensar; aunque tiene el bolsillo derecho de la chaqueta y el del gabán, reservado exclusivamente a los nuevos terrones de la nueva cafetería que ha venido a montar Pascual.

-(Le da un aire distinto al barrio, esa zona del barrio ya no huele al "vinazo" de Pascual, Melancólicos olerá a café, todavía no mucho. Le viene mejor al negocio, se combina mejor con la panadería).

Aunque no sabe porqué, le sabe mejor que aquella taberna o bodega que tanto ha debido darle a Pascual.

-(Oía a vino y mi tahona a pan, aunque ya no merece la pena fabricarlo, muchas pegas que pone sanidad y muchas peleas con los de la harina.)

También la tahona permitió cierta holgura en la vida a Manolo, después de pasarla a panadería con algo de tienda, después de las obras, había podido comprar un coche recogidito que cuidaba con mimo, cumpliendo con todas las indicaciones que le hacían en el taller y limpiándolo escrupulosamente, ése era su fuerte, la mecánica para el taller.

Estaba enamorado de su cochecito, su "coche nuevo de segunda mano"

Una oportunidad cara le había lanzado a comprarlo antes de que se le olvidara conducir. Desde la mili, donde nadie sabía que se había sacado el carné, no había vuelto a coger un coche con regularidad.

Y hoy tampoco, porque si no era imprescindible, metro o autobús, el coche era para desplazamientos más largos, más.....importantes, ya veríamos si lo llevaba este verano al pueblo.

-¡Señor Manolo!

-Hola, Tomasón ¿que te cuentas, cómo andamos?

-“Na”, ya sabe, los carpinteros nos hemos “quedao pa” dar cola y pegar, no hacemos “na” los muebles, de fábrica, la ruina, “ina!”.
¿No le ha dicho nada su chico?

Manolo, ignorante, encogió un poco los hombros.

-No he hablado apenas con él desde ayer.

-Verá es que el mío, mi chico....

-¿El torero? –una sonrisa amigable le acercó más a Tomasón-

-Bueno, que lo dice él.

-¡Ja, y tu no, anda!

No hubo debate con el asunto en la antigua taberna, como si no fuera lo único que alteraba la tediosa vida de aquel rincón de la calle Melancólicos, en la que el televisor, que le quedaba al local como a un Cristo dos pistolas, era mismamente un tendido cuando toreaba “el Cordobés” y aparecían las comparaciones y las devociones; ni que decir tiene que el día que se pusiera delante un toro, su chico iba a “barrerlos a tos”.

-Pues de eso se trata, tiene un compromiso, “la” salido una oportunidad.

-¡Óle, un torero en Melancólicos!

-Ya, bueno, pero verá, es en Parla. Si nos pudiera hacer un favor.

-Lo que esté en mi mano, ¿cómo no?

¿Cómo es posible que no cayera?

-Tenemos que llevar un coche ¿cómo vamos a ir a la plaza sino?

-Como en todos los pueblos, andando delante o detrás de la banda – ya se empezaba a escamar-

-Ya hombre, pero si llevamos coche, sale de casa, tenemos menos gastos, que me "quedao sin ná" con esta historia.

-Mira creí que me ibas a pedir otra cosa, pero el coche, de verdad que no puedo.

-¿Por qué?

-(¿Cómo que por qué? Porque no me sale los cojones -iba a decir-)

-Porque todavía ni siquiera tiene el rodaje, está nuevo -se le vino a la primera-.

-Es lo único que encuentro, lo demás son rancheras y cochazos que me salen más caros que la corrida. Lo he mirado todo, algún taxista y todo, pero imposible, sólo me queda el suyo. Yo le pago la gasolina y los desperfectos que...

-¿Desperfectos? ¡Que no hombre, que no!

-¡"Quenoquenoqueno"! es un decir ¿qué desperfectos va a haber? "ná de ná".

¿"Mentar la soga en casa del ahorcado"?, recio tuvo que batirse el pobre Tomasón para salir de aquel jardín en el que se había metido al mencionar: "desperfectos".

-Mira a ver qué pasa, ahora no puedo comprometerme contigo.

-Si no nos echa una mano, vamos a tener que dejarlo, no se ya si podremos ir, ya "me dejao" un dineral.
No veían la salida.

-Déjalo, ya hablaremos.

-No me deje así.

-Ya hablaremos.

Y lo dejaron ahí, pero no se quedó ahí, después de una hora en medio de la calle, dando dos pasos y retrocediendo tres, Manolo llegó a la panadería.

-Papá, que Tomasón....

-Calla, calla –dijo pesadamente-.

Por decirlo así, mandó callar al chico pero no pudo acallar su conciencia, aquel coche de sus sudores, limpio, niquelado, brillante, en el que (reconozcámoslo) ni el montaba, para no mancharlo.

Pero a él también le había echado una mano Tomás, en épocas de vacas flacas le hizo bastantes apaños con los pertrechos de la tahona, las mesas, iqué bien le pulió las tablas para apilar y mostrar el pan! Y no anduvo detrás para que le pagara; es más ¿le pagó? Y no digamos la mano que le echó con aquel carbonero “amiguete” que aprovechándose de su verde experiencia le estaba sacando los cuartos con la leña de los hornos. Bien podía habérselo recordado.

Tomásón no se lo había recordado, pero él no lo podía olvidar, no podía sacárselo de la cabeza, de su “come-come” interior.

-Ya verá como torea, tengo la cosa de que la va a armar.

Iban de camino a “la plaza de los toreros” donde se entrenaba el chico y se esponjaba el padre.

-¿Oye, pero donde queda eso, por Batán?

-No, no, es un redondel sin árboles, una glorieta, entre Lago y Batán, han “rodado” ahí la película del Cordobés, parece una plaza de toros, tire “palante” que ya enseguida se ve.

-¿Y van toreros?

-Claro, allí entrenan los Girones, El Pepe, alguna vez pisa Tinín, pero también hay mucho banderillero, algunos mejicanos van al Cerro los Locos, que está al lado contrario de la carretera.

Un claro, redondo, amplio y despejado de aquella arboleda en la Casa de Campo era ideal.... para jugar al fútbol.

-Pero ¿dónde están los toreros?

-Allí, allí detrás.

Entre todo aquel barullo de polvo y piernas asomaban dos telas, una rosa y otra roja, marginadas del redondel por otro tipo de afición.

-Oye, oye yo no meto el coche por ahí, mira a ver otro sitio que yo por ahí....

A un lado de la carretera y en lugar seco y llano, dejó el coche, no sin cierta desazón

-¿Dónde está el chico?

-¡Pues, anda! ¡Ah sí! ahí está.

Si, estaba deshaciendo el atillo y armando la muleta con el estoquillador clavado en un árbol.

-¿Ahora vienes tu?

- Es que me he encontrado a la Encarni que tiene mala a la madre y la he acompañado a la farmacia.

-Déjate de historias, te pones dentro un mes "delante el toro" y te vas a tontear con las chavalas, ¿qué preparación es esa? O las mujeres o el toro.

-(Bueno, ya hemos elegido) -pensó Manolo-

-¡Joé papa! vengo todos los fines de semana a entrenar

-De fin de semana en fin de semana, por la puerta grande vas a salir tú. Por la puerta grande de atrás, la del desolladero.

-¡Claro! Busco trabajo, tengo que trabajar.

-Están los trabajos esperando a que tú te levantes a las 10, no empiezan a vender el "YA" o el "ABC" hasta que tú te levantas. Manolo miraba con un gesto de resignación hacia el padre y un cierto reproche hacia el hijo, y meneaba la cabeza, aunque tampoco sabía el porqué, será que no le importaba.

-¡Sevillita ven "pacá"!

Uno escurrido y aceitunado, que estaba haciéndole el toro al de la muleta que vieron desde la carretera, se acercó.

-Este va a ser mi peón de confianza.

-¿Y el resto de la cuadrilla? -Preguntó inocente Manolo-

-El vale por todos, es él la cuadrilla.

-¿Qué entre los dos os vais a hacer con el toro? (¡jodé! como para no tenerle confianza) -pensó-.

-Van a Parla -intervino Tomásón-, sin picadores, a una plaza que monta todos los años la juventud, son las fiestas; entre los dos espadas y los dos o tres banderilleros se apañan, es la costumbre.

-¡Quiá! - dijo el Sevillita - son bichos "desechaos" que no sacan las hechuras de la casa y que no quieren soltar en las plazas, son casi borregos "pa" carne, "escurríos" y mansurroneos. Seguro que nos tiramos "toa" la corrida detrás de ellos.

-Venga, ponte ya, a ver como estamos -animó Manolo-

Allá se fue a por el Sevillita que abriendo los brazos y estirando el reverso de las manos, a falta de cuernos, adoptaba la autentica y fiel actitud de un toro debidamente lidiado y a punto de afrontar el último tercio. Agachado el tronco y echando la nuca hacia atrás pareciera que tenía morrillo y llevaba los tres pares íntegros y sobre una "perra gorda" los tres; y así empezó la faena el chico de Tomásón.

Mostrando la bamba de la muleta al toro que representaba el Sevillita dio un amplio paso para dar un doblado por bajo repitiendo el trasteo una y otra vez, verdaderamente alcanzó una plasticidad y una composición artística que no pasó desapercibida, pero el sosiego, la quietud, el sentimiento y la respiración contenida del muchacho y de los que contemplaban la escena no había siquiera empezado a declinar cuando en pié, como un junco, lenta y despaciosamente compuso estampas de cartel, la cadencia de cada pase era una coreografía en la que el vuelo de la muleta estallaba de armonía con la sensibilidad de una juventud, que exultante, se derramaba en arte.

Cuando llegó el momento de la suerte suprema tiro la recta rama que sustituía al estoque y con la mano, indultando mercedamente a aquel toro ideal, entro a matar y así culminó una faena que dejó enmudecido el pequeño corro que se había formado.

Cuando se repusieron alguno quiso murmurar que bajara la mano, se tuvo que achantar ante lo ignorados que fueron mensaje y mensajero, algo habría que decirle para que el auténtico elogio del

torero: el silencio, no fuera pleno; incluso los que un poco más allá revoleaban con el capote pararon para contemplarle.

En esto llegó Tomasón llevando del brazo con presteza a un hombre de pelo blanco, gesto sobrio y marcadas arrugas sobre una piel achocolatada.

-Niño enséñale a Don Rafael lo que haces con la muleta.

Venía entusiasmado como si le hubiera conseguido la única entrada que quedaba para verle.

El chico cogió la muleta y volvió a hacer parecida faena al Sevillita, pero faltó lo que hubo en la primera.

-¿Quién es? -preguntó Manolo-

-El "mozo espadas" de los Girones, -le contestó el del capote-

-¿Y los Girones?

-Jugando al futbol.

Miró hacia la plaza donde apenas se podía distinguir a los contendientes, con la polvareda que montaban.

-¿Qué le dije Don Rafael, qué le parece?

-Si le hace lo mismo a los toros...-contesto seco y lacónico, como si fuera la única cepa de aquella viña-

De vuelta a casa el Sevillita tiró para el metro de Lago no le venía bien la dirección que llevaban, el del capote se quedaba en la Estación del Norte, en Príncipe Pío, y se acopló con el chico detrás.

Manolo iba un poco fastidiado, visto el coche de los Girones, un Packard azul cielo, largo, rectangular, ancho, precioso. ¿Dónde iba él con su utilitario ante aquel tanque de lujo?.

Tampoco le hacía gracia el acercamiento de Tomasón a los Girones y su "mozo espas".

-(¡Mira tú "el Don Rafael"!)

Pero si que le había gustado, le había extasiado el toreo de salón del chico, convertido ya en rendido seguidor no dudaba en sus expectativas sobre él, sería uno de los grandes, tenía razón el padre, iba a barrer el escalafón.

-Bueno ¿y cómo te vas a llamar?

-Tomás de los Melancólicos.

Casi se sale de la calzada, tuvo que maniobrar.

-Pero tu estás loco ¿quieres que te tomen por mariquita o bujarrón?

-Le dijo el padre-

Sin mucha convicción, el hijo se defendía.

-Con ese nombre vendrán todos los del barrio a verme, cuando me estrene en Vistalegre.

-A tirarte piedras irán, por cachondearte de ellos.

-No hombre no, ese nombre no –terció Manolo- mira a ver otro apodo, ese no te lo ponen en los carteles las empresas, acabamos en comisaría, ivamos!.

-Busca otro ¿Tu chaval, cómo te vas a poner?

-Teruel, Ángel Teruel.

-Es hermano del PEPE, -dijo el chico-

-Eso busca en tu pueblo o en tus apellidos.

-No sé, Cabezón de la Sal y de apellidos Barrigón Fuertes.

-Vale, vale, piénsatelo anda –dijo Manolo arqueando las cejas-
El traje de luces, no estaba mal, si no se miraran las apagadas luces, verde botella; un dineral el alquiler y la señal otro pico, el padre ya no sabía cómo decirle que le echara valor, que se arrimara “pero sin mancharse”.

-Mira que te dije que los toreros y nada más, ya está bien que los cuatro en el coche pero ¿también el esportón?

-Manolo, lleva baca en el coche, ¿qué más le da?

-Que vamos a reventar el coche con tanto peso.

-Tres capotes, dos muletas, las espadas y.....-estaba diciendo el Sevillita-

-¡La espada!

-¿Qué pasa?

-Que se nos ha "olvidao" totalmente hacernos con una espada.

-Bueno, donde el alquiler ¿no había? pues volvemos a por una. -apostilló el Sevillita-

-¡Y una leche! Yo no me vuelvo ahora a Madrid a por una espada, una cosa es traeros y otra hacer un rally, se la pedís a un guarda de asalto, yo no le doy ese palizón al coche.

Dos novillos y capea, el cartel anunciador se reducía a tanto como eso, después de tanto pensárselo el nombre, resulta que ni siquiera aparecían en un cartel; un mano a mano en el que el compañero tampoco aparecía en el cartel era el hijo del alcalde; será que todos en el pueblo lo sabían ¿para qué entonces lo iban a anunciar en un cartel?

El apartado que de las dos reses se hizo fué también municipal,

-El negro pa mi hijo, "el colorao pal suyo".

Y a callar, que no tenía buen aire aquel alcalde.

Por el pueblo pululaban maletillas con la camisa anudada por la cintura y su gorra visera, calada y ladeada con tal estilo y chulería que para sí lo hubiera querido el Felipe ante la Mari Pepa; entre dos, llevaban extendidos el capotes pidiendo perrillas a la gente, con la promesa de que saltarían al ruedo en la capea a demostrar su valor.

Corría el rumor de que gente del toro se había hospedado en el hostel de la carretera y que iban a venir a la corrida, que iba a haber espontáneos.

Todavía faltaba una hora para el comienzo del festejo y, tal y como se había quedado, esperaban en el salón de reuniones del ayuntamiento, desde allí -ahora si- encabezarían la comitiva municipal hasta la plaza, delante de la banda,

Apareció el otro espada, también verde botella, este llevaba dos banderilleros; era un mozo de más edad que Tomás y con más planta de "azadonero" que de torero, pero correcto y educado dijo:

-Buenas.

-Hola ¿cómo van esos nervios? -dijo Tomasón-

Tomasón se acercó al chico que se había unido gremialmente a sus compañeros y le deslizó en un bisbiseo no muy disimulado.

-Mira a ver lo de la espada, que te la deje.

Con el puño cerrado empujo presionando el costado del chico, para que se lanzara.

Manolo y Tomasón contemplaban la escena con el rabillo del ojo y la escena fue tan esclarecedora como el movimiento que trazó el hijo del alcalde con la barbilla, de hombro a hombro.

-Que no zagal, "ma costao" más de 1000 duros en Toledo, y esa espada es sagrada, no la manejo más que yo.

Manolo se acordó del coche, el alcalde se hizo presente, cuando parecía que no estaba, al notar que se subía el tono de las palabras.

-Compréndelo, ha sido un olvido imperdonable, los nervios, yo que sé, con tanto trajín, sois compañeros, mañana te puede pasar a ti, -habló el padre-.

-Otra cosa me pasará pero esto no, llevo un año ahorrando "pa" la espada privándome de "to" y no dejo yo la espada en la primera ocasión.

-¿Y qué hacemos? -dijo Manolo-

-Pos mato yo los dos toros, decimos "ca enfermao" y asunto "terminao", toreo yo.

-Oye mira, si toreas tu, me pagas "to" lo que ha "costao" llegar hasta aquí, lo que he tenido que untar a quién "le untao".

Empezaban a perderse las correctas formas iniciales.

Aunque no había confrontación ni tendencias políticas, si había quién había cedido, tolerado, acordado en el nombramiento del alcalde, y sí vio Manolo como, el que luego resultó ser el concejal de festejos, se acercaba escamado al alcalde, con gesto de extrañeza, éste con fastidio mantuvo un breve "ten con ten", cogió en un aparte al hijo y, rezongando, por fin accedió.

La plaza estaba montada con talanqueras y carros, el más vistoso lo ocupaban tres mocitas graciosas poco agraciadas y las autoridades.

Manolo se ubicó tras lo que debía ser un burladero y, al poco, contempló cómo se acercaba un guardia civil con las hechuras de un armario ropero y unos galones amarillos: el cabo; le miró de manera que Manolo pensó en ir ahuecando y dejando el sitio a la autoridad pero todo quedó en un: "Buenas tardes". Y así el impulso que había iniciado para desaparecer quedó cortado en seco.

Razón de ser tenía la presencia del cabo y una pareja en otro burladero de la plaza, aquel rumor de los espontáneos había calado en el ambiente.

Sopló, chirrió y armonizó como buenamente pudo la banda municipal y empezaron algunas peñas a cantar:

"¿Decid porqué toca tanto, la banda municipal?" "¿Decid porqué toca tanto, la banda municipal?" y "¿Decid porqué toca tanto la banda municipal?"

Ya llevaban más de diez interpelaciones y aquello tenía trazas de repetirse otras diez veces, sin rebajar el énfasis.

Manolo barruntaba que tan extensa letra culminaría algún día.
Y culminó:

-Porque sólo le gusta tocar, CHIN-PÓN. -concluyendo con sus risotadas tamaña simpleza-

Trastornado despertó cuando trinó el clarín como una chirimía para que se iniciara el paseíllo de cinco lidiadores y una mula grande, como la más grande, que llevaban dos chuletas que se estiraban tanto que bien parecían los toreros del festejo, lanzaban guiños y chanzas a todo lo que asomaba, animados con la confianza de los que se saben del lugar.

Avisados, hicieron el paseíllo dando una curva pronunciadamente abierta, pues de no ser así, casi en dos pasos todo hubiera acabado, no dejando a la banda "lucirse" y esbozar más que un TA-CHÍN.

Formales autoridades, cuchicheos de las majas de falda tableada y jolgorio cesaron cuando estridente, sonó de nuevo el clarín. La hora de la verdad había llegado.

Se abrió aquella puerta de aquel toril y quedó interrogante un pasillo estrecho y oscuro, animal que de allí salió, como un rayo negro, no era un eral, tenía su cuajo.

¿Dónde estaban los de la gorra visera calada y ladeada, los de la camisa anudada?

Algún empujoncillo hubo en los carros y gestos hoscos y enfurruñados dejaron las cosas donde estaban, entre las burlas de los mozos. Solía pasar, aunque no siempre las cosas acababan así, al recordar el paseo mendicante con el capote, el que más y el que menos, por si acaso escurrió el bulto, nadie en la plaza llevaba gorra visera.

Aquel animal no era el que Dios había destinado para que alcanzaran la gloria los maletillas que pudieran haber pensado que aquel era el día.

Allí, en el centro, quedó el animal esperando a que alguien viniera a decirle: ¡Eeeeh!

Así lo hizo el hijo del alcalde, momento que nunca olvidaría porque, temerario, dejó ver que lo más parecido a un capote que había visto

en su vida sería debió ser un mantel, de cuadros, para la merienda campestre.

El animal a la primera arrancada le encunó y a base de arrastrarle y lanzarle por el empedrado redondel convirtió el verde botella en arena calcáreo, a más abundar, una hombrera se perdió entre innumerables sietes y rasgones, machacando al corto diestro en el lance.

-(Este ya ha perdido la señal) -temblaba Tomásón-

Su temeridad inicial se transformó en exagerada precaución y el resto de la lidia se redujo a echarle el capote en la cara al toro para zafarse de cualquier embestida, y meterse en el burladero, una y otra vez. Con la muleta mantazo de pecho distante tras desarme de pavorosa huída.

Pero era el hijo del alcalde y sabido era que éste no olvidaba; algún silbido, una voz (baja), pudiera ser, pero enseñar los dientes, enconarse y pedir la cabeza del actuante, derramando saliva y mala baba, era otra cuestión.

El animal fue asesinado perfilándose el ejecutor sobre el costado para asestarle un navajazo canalla en la panza.

Risotadas y fiesta continuaron a pesar de la miserable visión que produjo aquel espectáculo.

Por ser el hijo del alcalde dio una vuelta al ruedo con una oreja en la mano que los súbditos de la alcaldía le hicieron llegar (ningún pañuelo asomó), nadie se opuso ni protestó pero tampoco tronaron los aplausos ni invadieron el ruedo detalles u objetos festivos, afecto en definitiva, el gesto del vapuleado pudo por fin relajarse.

Chirrió de nuevo el clarín, la plaza quedó vacía y el torero de melancólicos nunca se sintió más sólo. Por más que el Sevillita le diera con el codo, sus brazos se habían convertido en plomo, sus manos atenazaban el capote pero era incapaz de despegarlas del cuerpo.

Y apareció el burel; más bonito, "colorao", mejor hecho, con cierto morrillo, pero más grande que el anterior. No salió tan disparado, este parecía enterarse de los manotazos y cites que le hacían desde los carros y las talanqueras, sin acudir.

Ya había dado seis vueltas al redondel y, por fin, trompicado por el empujón que le dio el Sevillita, salió el melancólico al ruedo, ya no hubo más manos, más voces, ni más cites que pudieran hacerle desde las tablas y maderos; el animal se centró con fijeza en aquella deslucida figura verde botella, y a por ella se fue como una exhalación, con precipitada y briosa carrera.

Las piernas no le respondían, los brazos se le habían quedado agarrotados en la misma posición que un minuto antes tras el burladero, cuando el bicho acertaba, cada vez más, el terreno que les separaba se oyó un animoso: "¡vámonos!"

Dicho y hecho, el hijo de Tomasón desbloqueado por la animosa expresión volvió grupas en sentido contrario precisamente al que iba dirigida la voz, hacia el animal; este paró en seco sorprendido y extrañado por la velocidad y la distancia que le había tomado la deslucida figura, aprovechando para espantar una mosca con una oreja.

¡Qué salto pegó! se plantó en el tendido que formaba uno de los carros, inmaculada y limpiamente, ni roce, ni apoyo le hicieron falta para plantarse allí de pie.

Con la misma prontitud y presteza volvió al ruedo de cabeza, proyectado por la tosca concurrencia; no era el hijo del alcalde, con este podían desgañitarse y rozarle, este iba a pagar todo lo que el otro debía.

El Sevillita dejó contemplar su valor citando al toro detrás del burladero y asomando el capote por el lateral, pero cuando el toro empezó a enconarse con las tablas, se lo pensó mejor y ocultó el capote, dejando que se desengañara.

El rato que permaneció corneando el burladero permitió a Tomás recomponer su cuerpo caído, encontrándose con un capote en la mano, cuando nuevamente fue investido, no es que corriera al toro

a una mano, sino que corrió y corrió con un capote en la mano que, por ensalmo, guiaba al animal.

Despavorido entró en el burladero de su subalterno que rebotado salió por el otro extremo y, como si le hubieran dado un relevo, también corrió en busca de otras tablas viniendo a parar a las de Manolo.

Allí cabían dos pero no tres, aquel cabo de la benemérita era mucho cuerpo para que cupieran tres.

Pues entraron los tres, ni por asomo se le ocurrió a Manolo echarse a un lado y rozar siquiera aquel "monte verde", aplastó la espalda hasta el crujir de sus vértebras, metió el estómago nunca supo donde, pero allí se encastraron, el Sevillita y él, tanto que después les costó deshacer el ajuste.

Sentada una mujeruca, arrugada por fuera e insuflada por dentro, despotricaba y pateaba contra los toreros, a Manolo ya le había dado cuatro o cinco puntapiés en el cogote. No era cuestión de dejarse ver, así que hizo chepa y "jorobándose" pasó parte del festejo encogido.

-(¿No le dará al cabo?) –pensó-

Y le vino Dios a ver.

-Señora como no pare "usté" quieta "lagarro" del moño y planto ahí en medio.

Juiciosa, la mujer no se volvió a mover y permitió a Manolo seguir con rectitud el resto del evento.

¿Dónde estaba aquella figura erguida y excelsa que muleteaba primorosamente en "la Plaza de los Toreros", aquella inspiración y cadencia que había extasiado a aquel grupillo de gente, aquellos toreros que iban a tirarse "toa" la corrida corriendo detrás del toro?

Corriendo, delante de él, por la plaza, lanzando el capote a la espalda, por ver si caía en la cara del toro. Alguien le dio la espada y

una muleta que cubrió como insignificante felpudo aquel arenal lleno de piedras.

Recibía cuantos pescozones se puedan recoger en cuanto se introducía en el burladero, pero ni un ejército le hubiera podido sacar de las tablas cuando el toro las rondaba. Si se alejaba por aburrimiento (ocurría alguna vez) los mozos conseguían arrastrarle a la arena a base de empujones, pero el astado parecía tenerle fijación, era salir trompicado del burladero e irse embalado a por él.

Y vuelta otra vez al proceso, salto a los carros y vuelta de cabeza al redondel.

El Sevillita había rejoneado un palo y con el andaba solitario por el ruedo, buscando en quien vengarse.

El circo se prolongaba y allí nadie quería saber cómo deshacerse del novillote, el hijo del alcalde bastante había tenido con lo de él, ya no lo tenía tan claro como en el salón de reuniones.

A una señal del cabo uno de los de la pareja, con facilidad, no debía ser la primera vez que lo hacía, le descerrajó un disparo en el testuz cuando el astado se acercó a su burladero. Concluyó así el infierno que el chico de Tomasón estaba pasando.

Arrimado a los maderos con un trotecillo rápido, él con el Sevillita pegado a su espalda salió de la plaza.

El disparo, el animal yacente, la sangre, habían dejado a todos como hipnotizados.

A todos menos a Tomasón y Manolo, y a los que ya les llevaban buena delantera, aquellos dos ingredientes de la paella de caraduras en la que habían convertido la fiesta grande.

Iban los cuatro deprisa, casi corriendo hacia el coche con todos los trastos y trapos rebujados entre los brazos, faltando manos para recoger todo aquello, cuando algo tronó paralizándoles: ¡CABRONES!

Y, como si mil fueran, un clamor medio revolucionario respondió: ¡A POR ELLOS!

Atropellándose entre ellos lograron llegar al coche. En lo que encontraba las llaves, abría, no abría dejaba un bulto y cogía otro, Manolo sintió como iba llegando aquella jauría iracunda.

Aquí el chico se irguió y arranco de su cuerpo el valor del pánico que no había sacado en aquella alocada tarde, durante la corrida. Les hizo frente a base de estocadas y mandobles, consiguió de alguna manera establecer un círculo y en un momento de despiste se metió en el coche que Manolo no conseguía poner en marcha, con los nervios desarbolados, andaba a vueltas con las llaves y el contacto.

Toda la mocedad se abalanzó sobre el pequeño utilitario; por fin pudo arrancarlo, andaba poquito debido a los vaivenes que le provocaban, como si intentaran volcarlo.

Manolo iba oyendo el sonido metálico de los embellecedores al desprenderse de las ruedas, como crepitaban los parachoques al sentir el peso y los saltos del más energúmeno, los puñetazos que sentía en el techo y en el capó era como si se los dieran a él, seguía avanzando despacito, bamboleándose con los empujones de los envalentonada y cerril manada.

Algo así como un "Eh, venga pa casa", con el tono cavernoso del cuerpo benemérito, atenuó la embravecida fuerza de los linchadotes segundos suficientes para dar un poco de celeridad a la marcha del cochecito y conseguir salir de Parla, nombre que fué sustituido en el recuerdo por el "pueblo aquél".

En el coche Tomasón se desgañitaba dirigiéndose al hijo:

-¡Cómo me has engañado ladrón! "que yo, que yo, que yo te voy a quitar de la carpintería"; ¡la quiebra me va a quitar de la carpintería y la carpintería! pero, pero tu canalla ¿no te da vergüenza engañar así a tu padre? Me has arruinado.

-(¡Ahora sí que estamos bien, arruinado!) -pensaba Manolo con cierta aceptación-

-(El que me iba a pagar los "desperfectos", lo de los embellecedores, los bollos en el capó, el parachoques ¡jodé!) -no abría la boca ¿para qué?-

En esto exclamó el Sevillita molesto:

-¿Qué coño es esto que me va dando todo el rato en los tobillos y en las espinillas?

-¡ANDÁ, LA ESPADA!

-Ya tengo "pa" lo del coche. -Se enaltecizó Manolo-

Ninguno se pudo contener y por primera vez, en todo el día, vinieron a fundirse en una larga y prolongada carcajada, que recordarían siempre, toda la vida.

FIN

